



# San Vicente de Munilla

**TEXTO Y FOTOGRAFÍAS:** Tomás Emilio González Trejo

Cuando, en 1972, visité por primera vez San Vicente de Munilla esta pequeña localidad del valle alto del Cidacos ya estaba deshabitada. Sus edificios estaban en general en mejor estado que en la actualidad, cosa lógica si tenemos en cuenta que el tiempo y las inclemencias climatológicas no perdonan. Sin embargo, gracias a un grupo de nostálgicos y a la Asociación de Amigos de San Vicente de Munilla, se han rehabilitado antiguas viviendas y algunos edificios comunes. La aldea puede seguir siendo, esperemos que por mucho tiempo, un punto de encuentro para todos aquellos que tuvieron que emigrar un día.



**Vista panorámica: San Vicente y Munilla, abajo en el valle.**

San Vicente de Munilla es una aldea actualmente despoblada perteneciente al municipio de Munilla, en la Comunidad Autónoma de La Rioja.

Tiene actualmente tres edificios religiosos, en distinto grado de conservación. La Iglesia Parroquial de San Vicente, de finales del XVII, construida con mampostería y sillarejo, está

actualmente en ruinas y su campana se halla en el Monasterio de Valvanera. La ermita de la Virgen del Amor Hermoso o de la Virgen de Arriba está situada junto a la iglesia y fue restaurada en 1991. La ermita de la Virgen de los Dolores, a unos 400 metros al norte del pueblo, fue restaurada en 1996.

En cuanto a la evolución de su población en los siglos XVIII y XIX, se puede observar una tendencia alcista.

En el censo de 1753 se contabilizan 176 habitantes.

En el Diccionario de Pascual Madoz (1845-1850) se citan 194 almas.

En el censo de 1874 puede observarse que el número de habitantes sufrió un aumento considerable y pasó a 306 habitantes.

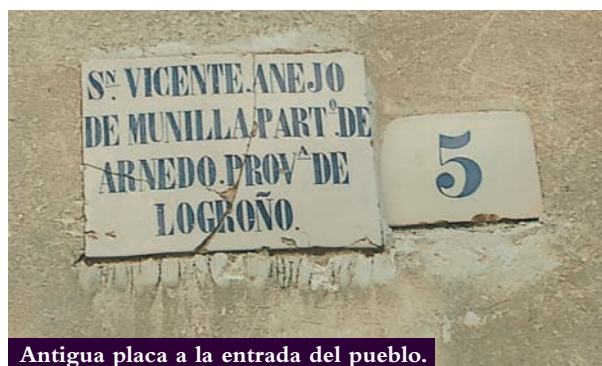
En 1950 la población había empezado a disminuir y vivían en la aldea 254 personas.

En las dos décadas sucesivas, el descenso fue

espectacular y dramático. El último nacimiento y posterior bautizo en el pueblo tuvo lugar en 1961 (Begoña Pellejero Reinares). En 1971 ya no quedaba nadie viviendo allí.

Podemos citar varios motivos de esta feroz despoblación, como la pobreza agrícola del terreno, impracticable para la maquinaria moderna por su escarpada orografía, que también dificultaba sobremanera el trabajo con ganadería ovina y caprina.

Otro son las malas comunicaciones pues hasta la década de los 80, coincidiendo con los hallazgos paleontológicos de Peña Portillo y del Barranco de la Canal (Munilla) y con la construcción de una pista forestal que permitiera visitarlos, no era posible llegar a San Vicente sino a pie o a lomos de caballería. Se aprovechó para hacer un desvío de dicha pista hasta el pueblo y, a partir de entonces,



**Antigua placa a la entrada del pueblo.**



**Iglesia Parroquial de San Vicente.**



**Fuente de la plaza.**

fue posible plantearse el rehabilitar algunos edificios.

Sin embargo, el más importante y el que arrastró a más población a localidades como Arnedo, Calahorra y Logroño fue el declive industrial de Munilla y la consiguiente deslocalización. No olvidemos que muchos de los habitantes de San Vicente compaginaban el laboreo de sus tierras o el pastoreo de su ganado con el trabajo en las fábricas de calzado o textiles. Algunos habitantes del pueblo se trasladaron también a localidades de la ribera navarra, como San Adrián, para trabajar en las fábricas conserveras.

Ésta es a grandes rasgos la historia de la evolución poblacional de la aldea en los últimos siglos.

Y ¿qué vi en San Vicente de Munilla en 1972 para que me gustara tanto y siga acercándome allí cuando puedo? El panorama, entonces podía parecer desolador.

Un grupo de casas medio derruidas colgado en lo alto de un cerro y a más de media hora cuesta arriba a “pinrel”.

La luz eléctrica había llegado allí en 1924 pero

cuando se marcharon los últimos vecinos la compañía suministradora cortó los cables y el transformador a la entrada del pueblo era ya una reliquia del pasado.

Nunca hubo agua corriente hasta las casas, pero un tal D. Blas Morales Pérez y su esposa Dña. Blasa Ruiz de Velasco Martínez habían hecho construir una fuente en la plaza en 1900 totalmente a sus expensas.

Si te descuidabas un poco, garrapatas y pulgas descontentas con las cabras y los perros del cabrero de Munilla pretendían intimar contigo.

Pues bien, precisamente todos esos inconvenientes y alguno más, propios de una vida más bien bucólica y tranquila venían bien para olvidar el ajetreo de la ciudad y el agobio de los estudios.

Desconectar unos pocos días venía de maravilla para recargar las pilas y, además, siempre había otros alicientes: la visita a la lastra de “La Paloma”, como la habían llamado siempre los sanvicenteños y que terminaría siendo una icnita; la excursión hasta el barranco, próximo a la ermita de Santa Ana, para



ver “Piedraescrita”, que mira por donde, Urbano Espinosa Ruiz catalogó posteriormente como una estela funeraria romana, actualmente en el Museo de La Rioja; los paseos por los barranco de la Cárcara o de la Umbría, con sus buenas setas de chopo en temporada, y por los prados cerca del pueblo, donde a veces había suerte con las senderuelas, coprinus y champiñones; la manzanilla en verano en el cerro de Pediguillo; las duchas en verano en la cascada de Peñalén; los cucharones del lavadero; las conversaciones con el cabrero Hilario “Carretón” y el vaquero Manuel; los descubrimientos de restos de modos de vida para mí mal conocidos hasta entonces, como muestras de aperos y herramientas de nombres un tanto extraños para un urbanita (sobaderas, artesas, palas; dalles, hoces, zoquetas, vencejos, trillos, albertadoras; yugos, aladros, rejas, forcatés, vertederas, rastras; silletas, cabezadas, cinchos, lomillos; horcas, horquillos; hierros

---

Nunca hubo agua corriente hasta las casas, pero un tal Don Blas Morales Pérez y su esposa Dña. Blasa Ruiz de Velasco Martínez habían hecho construir una fuente en la plaza en 1900 totalmente a sus expensas.

---

de marcar... y tantos otros testigos de diferentes profesiones y labores del campo); los recuerdos del tío Adolfo Pellejero de cuando formaron una orquestina y con su clarinete y acompañado por Ángel Gil con otro clarinete, Segundo Torre al saxofón, Fidel Mazo a la trompeta, José Pellejero al

jazz (batería) y Marino Pellejero al roblante (tambor) amenizaban las fiestas de San Vicente o las de las aldeas cercanas; y si tenía la suerte de coincidir con algún otro antiguo vecino del pueblo, era una verdadera gozada escuchar sus relatos sobre cómo había vivido allí hasta que tuvo que marcharse.

A partir del momento en que la pista hizo posible subir en coche, las cosas cambiaron un tanto y durante algo más de diez años el pueblo se vio “invadido” algunos meses al año por grupos de okupas españoles o extranjeros con quienes la convivencia no siempre fue fácil. Furgones y coches destartados, que



“La Paloma”.



“Piedraescrita”.

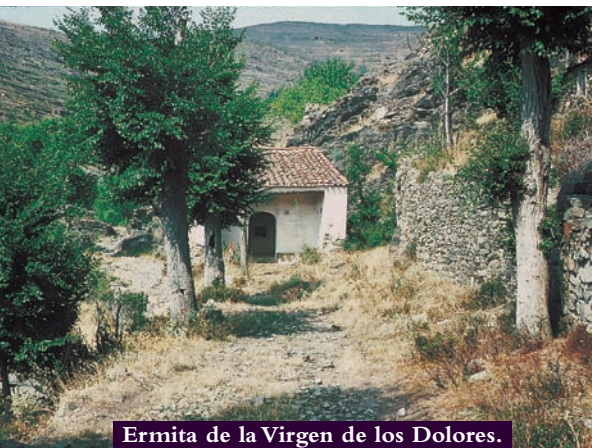


Procesión Fiesta de San Vicente. Junio 1990.

murieron de agotamiento al subir tan arriba, quedaron tal que instalaciones de cualquier escultor surrealista sobre las eras de debajo del pueblo y años después fueron retirados por orden de Medio Ambiente y para beneficio de algún chatarrero. Pero hubo de todo y en general eran gente servicial y simpática.

La pista también permitió transportar pienso y forraje para vacas que fueron estabuladas por las noches aprovechando algunos edificios, calles y hasta las dos ermitas del pueblo.

En 1988, se creó la Asociación Cultural “Amigos de San Vicente de Munilla”, que ha venido colaborando en rehabilitar



Ermita de la Virgen de los Dolores.



Talla de la Virgen del Amor Hermoso.



**Toro de fuego.**

algunas de las casas mejor conservadas (doce), recuperar el edificio de la escuela para salón de la Asociación, arreglar la pista gracias a la colaboración de la Consejería de Obras Públicas y Urbanismo y del Ayuntamiento de Munilla, reparar la traída de agua desde Fuente Marín hasta la fuente de la plaza para que no termine cegándose debido al escaso caudal...

Y no puede olvidarse la recuperación de la fiesta patronal, que se celebra todos los años el primer domingo de junio. En realidad ya desde la víspera sube gente al pueblo para los preparativos y engalanar la ermita y algunas de las calles. Por la mañana, generalmente Marino Pellejero se encarga de traer la

talla de la Virgen del Amor Hermoso o Virgen de Arriba custodiada en el Museo Diocesano de Calahorra. Se celebra una misa y procesión por las calles más cercanas a la ermita. Posteriormente, se realiza una subasta de productos alimenticios donados por los socios y visitantes. Todos los asistentes son obsequiados con un bollo preñado de chorizo y vino o zurracapote, a voluntad. Al finalizar estos actos, todo el mundo se reparte por las casas habitables o por las eras del pueblo para la comida. El café puede tomarse también en el local de la Asociación. Y por la tarde, juegos para los niños, bailables, toro de fuego y lo que se tercie hasta la hora de regresar a casa y dejar San Vicente hasta la siguiente visita.

## **BIBLIOGRAFÍA**

- MARRODÁN PELLEJERO, Abel y MAZO GIL, Carmelo, *San Vicente de Munilla. La aldea abandonada y sus gentes*. Logroño. Gráficas Quintana, 2006.
- MADDOZ, Pascual, *Diccionario Geográfico Estadístico Histórico de España y sus posesiones de Ultramar*. Madrid, 1845-1850.
- ESPINOSA RUIZ, Urbano, *Epigrafía Romana de La Rioja*. Datos de Piedraescrita. Logroño. Comunidad Autónoma de la Rioja. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto de Estudios Riojanos, Biblioteca de Temas Riojanos, 1986.